

RECORDANDO A MANUEL PRADOS, S.J.

Norberto Aramburu Bodas

No soy de los pioneros pero he oído la historia más de una vez: El **P. Prados** daba una tanda de ejercicios espirituales cuando un grupo de universitarios se le acercó y le preguntó "*¿Vd. estaría dispuesto a llevar a la práctica eso que predica...?*"

La respuesta no pudo ser más que afirmativa y, desde entonces, cada Navidad y cada verano, coincidiendo con las vacaciones, el **P. Manuel Prados** y su grupo de universitarios desconectaban de su "mundo acomodado" para irse a vivir con los más pobres.

Primero fue en las chabolas de San Fernando, luego en las cuevas de Guadix, más tarde en San Clemente del Guardal, un pueblo de la provincia de Granada actualmente desaparecido bajo las aguas de un pantano y finalmente en Zalea, provincia de Málaga. De todos ellos, el periodo más prolongado y que nos dejó más huella fue el de San Clemente; por eso, siempre que recordamos aquella experiencia, en general, hablamos de San Clemente.

La idea era quedarse a vivir entre los más pobres, compartir su vida y sus necesidades, transmitirles la Buena Nueva del Evangelio y vivir esa Buena Nueva con ellos. En definitiva, aprender a ser discípulos de Jesús.

El **P. Prados**, entonces destinado en el colegio Portaceli, aprovechaba cualquier ocasión, tanda de ejercicios, retiros espirituales o charlas en el propio colegio, para proyectar una presentación en diapositivas que él mismo había preparado y puesto voz para dar a conocer esta "misión" entre los estudiantes.

Todavía recuerdo aquel rudimentario proyector de diapositivas en el que había que ir introduciendo las diapositivas una a una pasándolas manualmente y el casete portátil con un altavoz supletorio de forma cilíndrica con los que hacía la presentación.

Lo cierto es que el **cura** (como algunos le llamábamos) tenía un gancho especial con los jóvenes y, poco a poco, el número de estudiantes que se fueron sumando a esta experiencia fue aumentando. Recuerdo que algún verano llegamos a juntarnos más de treinta personas en la casa de San Clemente. Procedían fundamentalmente de Andalucía: Sevilla, Granada, Puente Genil, Cabra, Puerto de Santa María... pero recuerdo que vinieron uno o dos de Valladolid y alguno de Galicia.

Que más de treinta jóvenes y un cura, cada uno con sus "manías", convivieran en perfecta armonía en una casa sin cuarto de baño ni agua corriente durante todo un verano solo podía ser obra de la personalidad del cura y la mano de Dios.

Yo fui uno de los “enganchados”. Me pilló ya en la época de San Clemente del Guardal a donde acudí varios veranos continuando en Zalea hasta el último año que aquello se realizó.

Los cambios de ubicación se fueron realizando por distintos motivos, lo importante es que, el cura, siempre elegía ubicaciones caracterizadas por la pobreza y la sencillez de sus habitantes: siempre la gente de pueblo... (el **cura** solía enorgullecerse de ser “un cateto de pueblo”). En realidad, buscaba la similitud con Nazaret; buscaba imitar a Jesús en su vida oculta y también en su vida pública y buscaba que los que lo acompañábamos en esta experiencia viviésemos de la misma forma, madurando en nuestra espiritualidad y como personas.

El **cura** vivía el Evangelio y la espiritualidad de los Ejercicios de san Ignacio y quería que nosotros también lo hiciéramos. De hecho, cada verano terminábamos la experiencia de San Clemente con una semana de ejercicios espirituales. Muchos detalles en su forma de actuar, de comportarse, de dirigirse y dirigirnos a nosotros reflejaban la vivencia continua de esa espiritualidad Ignaciana.

Como culminación de este anhelo de vivir la pobreza y seguir a Jesús, el cura se fue de párroco a otro pueblecito muy humilde de la provincia de Almería, María, donde permaneció varios años mientras su salud, que nunca fue buena, se lo permitió.

Cuando el **cura** decía misa en san Clemente o en María, mucha gente, incluso personas que antes nunca iban a misa llenaban la iglesia. Cuando el cura predicaba, le gente asentía con la cabeza. La gente sencilla del pueblo quería al cura y le seguía porque hablaba su mismo lenguaje y vivía lo que predicaba.

Incluso ya enfermo, habiendo sido trasladado a Sevilla por su estado de salud, continuó con su labor entre los jóvenes y con los más necesitados. Todos recordamos sus escapadas de madrugada, acompañado por un grupo de jóvenes, para llevar café y galletas a los indigentes que dormían en la calle.

A pesar de la influencia que él sabía que tenía sobre los jóvenes que le acompañábamos, nunca ejerció ningún tipo de presión en favor de una elección concreta. Su enorme respeto por la libertad de cada una de las personas que le rodeaban fue otra de sus características más llamativas (hablo de los años 70, época en que muchos curas no podrían presumir de lo mismo).

No cabe duda que el **P. Prados** dejó huella en todos los que le tratamos con cierta cercanía.

Espero que este anhelo de seguir a Jesús, especialmente con los más necesitados, que el cura nos inculcó permanezca en nosotros y sepamos transmitirlo.

El P. Prados falleció en Granada el 29 de diciembre de 2006.